

DISCURSOS CIVICOS

DISCURSO PRONUNCIADO

EN LA PLAZA DE LA CONSTITUCION

EL DIA 16 DE SEPTIEMBRE DE 1879

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

MEXICANOS :

Una vez más, en la constante sucesión de los tiempos, y habiendo atravesado un camino sembrado en parte de espinas y abierto en parte en profundísimos abismos; presa de entusiasmo el corazón y con lágrimas de gozo en nuestros ojos, nos acercamos al altar sacrosanto de la Patria. Una vez más, apartados del bullicio de la vida pública y dando trégua á las congojas que engendra la política; como si al evocar nuestra memoria el recuerdo de la gloriosa Independencia, se apagarán de súbito todas las quejas y no se oyeran ya las imprecaciones de la prensa diaria; pareciendo que nuestra habitual melancolía por un lado y nuestras angustiosas zozobras por otro, se acaban en un día que amanece envuelto en auroras de libertad y patriótica esperanza; sintiendo que nuestra alma se agita presurosa al recordar tantos sublimes heroísmos, tantos gloriosos combates, tantas muertes que á la muerte misma parecían infundir pavor; una vez más, depuestos ódios y rencores, y bullendo en nuestros pechos la alegría; venimos á dar á nuestra Patria, sobre cuya frente se desataran en vano para destruirla, tantas tempestades como sobre la cima de granítica montaña; á cuyas plantas cayeran de hino-

jos, vencida su bravura y humillada su altivez, repetidas invasiones, venimos, digo, á darle el señalado parabien de la victoria.

Empezaba á espirar con su ruidosa agonía el siglo XVIII, que al acabar su sorprendente gestación, dejaba al siglo actual tantas grandezas y maravillas tantas. Un ejército de poetas y filósofos abría paso en medio de la vieja Europa, como los zapadores de la moderna civilización. Buscábase con anhelo un nuevo fundamento que dar á la autoridad de los gobiernos, y pareciendo ya gastada y sin prestigio la tradición, laxos ó debilitados los antiguos vínculos que afirmaban la sociedad, pálida ya la aureola de los tronos, á cuyos solos reflejos se levantara en otro tiempo la Europa entera, para colmar tan gran vacío dejado por ideas que se iban, ideábase y defendía la soberanía de los pueblos.

El principio religioso, que como la ignea columna de Israel, había conducido en su tortuoso camino á las generaciones, veíase desconocido y falto ya de influencia en el espíritu público. Ya no iba Enrique IV de Alemania á la cabeza de aquellos germanos que habían destrozado las aguerridas legiones de Varo, descalzo como un mendigo, y descubierta la cabeza como un villano, á rogar perdón á la fortaleza de Canosa. El aire helado y sepulcral de la indiferencia había pasado sobre los espíritus, alarmando la pública confianza, matando todas las creencias y secando todas las antiguas esperanzas.

En cambio, las imprecaciones de tantos pueblos oprimidos, las lamentaciones de tantos seres arrebatados á la vida por la ambición y crueldad de los poderosos, los gemidos de tantas víctimas muriendo de hambre y de dolor ante la miseria y desolación universal, parecían condensarse un momento para descender después en copiosísima catarata de venganzas y crímenes abominables.

El mundo, señores, agitábase como el mar cuando sacude el huaracán su terrible melena de rayos y de truenos. Las sociedades parecían despertar de su sueño secular, y si en una parte volcábanse con grande estrépito los tronos, en otra mayor y más extensa luchábase heroicamente por la independencia.

Tended la mirada ansiosa por el mundo al llegar á su término el siglo que pasó.

Los quejidos que exhalan adoloridos pueblos al ser oprimidos por la pesantéz de la conquista, los hosanas de triunfo que entonan otros al arrojar de sus fronteras la secular dominación, lavando el patrio suelo con el riego de su sangre, penetran el oído y conmueven el alma con su animado concierto de sonos, tristes unas veces, alegres otras; pero siempre valientes y respirando esperanzas.

Allí está Polonia, la infeliz Polonia, débil ya por inveteradas luchas intestinas, que se retuerce en un lecho de Procusto al sentir su infame y cruel desmembramiento. En aquella Europa que parece helada de espanto é indiferencia, no tiene más apoyo que el del Rey Carlos III de España. Allá Austria, la nación cuyo trabajo histórico ha sido agregar pueblos á su dominio, que ve alejarse de él multitud de países que antes hubiera sujetado con la espada.

La República de Holanda realiza prodigios de patriotismo, para sacudir el yugo de la casa de Orange, por la Inglaterra impuesto. Suiza, aquella tierra cuyos valles imitan los arboles del cielo, tras cuyas montañas, como baluartes dados por la naturaleza misma, se defienden antiguas y admirables libertades, es teatro de la sangrienta guerra entre los campesinos y los que sin derecho tienen el mando.

Grecia, magnífico panteón del arte, en cuyas ruinas perfumadas han ido á aspirar el purísimo aroma del ideal todos los génius de la Europa y de la América; que ve como Niove bañados en sangre á

sus amantes hijos; al contemplarse escláva de los turcos, ella, que ha iluminado con sus resplandores todas las páginas de la historia, no se da trégua un instante para reconquistar su independencia.

Por los espesos montes de la Irlanda, por los callados ríos que la cruzan, vaga todavía estremeciendo el aire con sus gritos lastimeros, suelta en aéreas ondas la áurea cabellera, vertiendo hilos de lágrimas los ojos y hecha girones la sagrada vesta, aquella *Erín* histórica, símbolo de la patria que á sus hijos invita á la pelea.

Cerca de nosotros, las colonias anglo-americanas, formadas en la soledad de los desiertos por emigrantes industriales y creyentes perseguidos, habiendo entusiasmado en su favor á nuestra madre España, y á la revolucionaria Francia, se apartan para siempre de la vieja Inglaterra y dan al mundo el admirable ejemplo del primer pueblo libre y soberano de la América.

En todas partes, señores, lo mismo allí donde pueblos conocidos han caído en servidumbre ante un poder superior, que allá donde los descubrimientos y la conquista han sorprendido ignorados países, despertando, como por arte mágico evocados, de su lecho de ondas y espuma; en todas partes, digo, adviértese como un gran sacudimiento eléctrico, que á la manera de los cataclismos geológicos había de hundir en el polvo todos los antiguos poderes, para que brotaran de sus amontonadas ruinas, jóvenes é impacientes naciones.

¡Ah! señores, fenómeno inexplicable para la historia y bien contrario al general destino, habría sido que nuestros padres oyeran fríos é inmóviles los gritos con que atronaba el aire el despertamiento de los pueblos. Turgot, el gran ministro de la monarquía francesa, que percibiera el primero bajo sus plantas las vacilaciones del trono secular de los Ca-

petos, anunciaba ya á su señor que muy pronto Europa perdería sus colonias.

La antigua Patria, á quien traían empeñada nuevas y desastrosas guerras, que veía minados sus cimientos por lo corrosivo de las modernas ideas; contemplando con tristeza á sus Monarcas que, de la altura de su trono donde reinaran como señores absolutos, bajaban á la obscuridad de las prisiones; la antigua Patria que sentía amenazada su existencia, abandonaba de hecho sus gloriosas conquistas, y al abandonarlas, divisaba relampaguear la independencia entre los arrebolados horizontes del Nuevo Mundo.

Así que, señores, como á las colonias de Inglaterra habían servido de pretexto, para levantarse en armas, el exceso y falta de conocimiento de los impuestos, la América Latina rebelábase contra la madre patria, al verla invadida y por ende profanada por las águilas de Napoleón. Empero, lo he dicho ya, obedecía el mundo á un movimiento general de insurrección que, á favor de misteriosas auras, era traído á nuestras playas para turbar la calma de tres siglos.

Un anciano, señores, en cuya frente de canas coronada notábase la honda y adusta arruga que labra el dilatado pensamiento, era el sér por la Providencia destinado para intentar, el primero, cambiar la faz de la América Latina.

El tiempo había afirmado, con su sello de hierro la dominación, y necesitábanse largos y cruentísimos sacrificios para romperlo. El siempre oscuro porvenir no halagaba entonces á nuestros padres con otra perspectiva, que la de los cadáveres hacinados sobre las ruinas esparcidas.

Empero, ¿qué valieran la vida y la riqueza, qué la paz de la familia y sus goces, si al oído susurraba constante, infiltrándose como amargura en el alma, el triste gemido de la Patria? Poco importaba ser envuelto en el caos de la derrota: el pensamiento